

# LAS EROTECAS

Hasta hace nada, cuando un señor con cara de Isidro deambulaba por ciertos lugares y bulevares de París, no era raro que una voz sibilina le llegara en tono de oferta: «Tengo para usted algo muy, muy especial». Aquello sonaba un poco a tentación de hogaza aldeana, allá por los años cuarenta, en los alrededores de nuestras estaciones de cercanías. Los tiempos han cambiado, evidentemente, y lo mismo que en Barcelona vamos a las panaderías para comprar el pan, por París ciertas cosas -que ya no cabe decir muy, muy especiales- se despachan (sin receta) en tiendas de una rigurosa especialización, tan francamente abiertas al público como las zapaterías o los estancos. Se prohíbe a entrada los menores de dieciocho años, esto sí.

A un comercio ejercido con tal normalidad corresponde, como puede suponerse, una propaganda sin encubrimientos. Por ejemplo: en las guías indispensables para quien quiera aprovechar su semana parisiense, publicaciones que sin discriminación proponen al lado de mil frivolidades, el teatro más minoritario y selecto, las exposiciones, los conciertos, las conferencias culturales... y aun por los anuncios podríamos analizar matices. Los hay tirando a chovinistas, como si quisieran recabar para su propio país la naturaleza del negocio. Otro, en cambio, parece reconocer cierto retraso nacional -confesión insólita en un francés- cuando viene a decir que por fin la Francia se ha puesto a la hora, menos mal, del erotismo europeo. Hay quien cae en la pequeña herejía del «franglés» y se proclama como «Sex-shop». Y en el distrito sexto, el Montparnasse intelectual, lo que anuncian es «L'érothèque» con el tufillo helenizante que le viene de «amor» y «depósito, caja, armario, etcétera». Esto último queda mejor, por lo culto que hace, así que lo propio sería bautizar a estas tiendas: las erotecas, aunque no conste en nuestro recentísimo y flamante diccionario oficial. Claro está que la obligación de la Academia Española consiste en crear o refrendar palabras necesarias a los españoles. Pienso que para este caso puede esperarse a otra edición.

Libros. Discos. Filmes. Artilugios. Álbumes, revistas, diapositivas. Artículos diversos. En las estanterías, sobre las mesas de novedades, en los escaparates. Con carteles llamativos, bajo rótulos de neón. No diré yo que todo este montaje tan a la luz, se haya pensado con intención ética. Pero si la motivación no fue de índole moral, los resultados conseguidos nos permiten por lo menos la duda. Porque el cliente efectivo, o incluso el tímido observador -que todavía los hay-, sobrepasa en seguida el

tiempo de curiosidad y avidez, y luego entra en la apatía.

Acaso lo más importante en estas exposiciones sea el público que se acerca a ellas. El clasificarlo por su edad, sexo, oficio, nacionalidad y religión, valdría para un ensayo interesante. Aunque así a ojo, lo que ya se advierte es que los visitantes son foráneos en su mayor parte (excluidos los europeos de latitud muy alta, que en esto de las erotecas no tienen nada que aprender).

Pero, ¿y los parisienses propiamente dichos? Pues lo que pasa siempre con las etiquetas. Al español nos cuelgan en seguida la de torero, como al italiano la de tenor. Sobre los franceses siempre nos han estado diciendo que son gente muy... amorosa. De mis tiempos de viajero novicio, bien trabajado por el tópico, recuerdo la experiencia de una tarde. Pigalle. Dos franceses conocidos míos se intercambiaban informes secretísimos, con ese talante entre conspirador y jactancioso que los hispanos reservamos para el asunto que todos sabemos. Un rito importante, nada menos que facilitar una dirección. ¡Una dirección! Se acentuaba el sigilo, yo comprendía el porqué.

-¿Tú ves el «Moulin Rouge»?

Incluso este punto de referencia. A la situación no le faltaba nada.

-Sí, el «Moulin Rouge».

-Pues tomas la calle de enfrente. Luego, según se baja, está la Blanche y la de Douai. En la esquina, una casa tranquila, limpia, muy discreta. Sobre todo para los íntimos... Di que vas de mi parte.

-Sí.

-Verás que cocina. ¡Las patatas fritas con grasa de oca! Maison Fournier.

Ahora que conozco más a los franceses -y a las francesas-, advierto con cuanta ilusión esperan esa hora en que hasta sus calles se impregnan de un olorillo muy aperitivo y civilizado. Las erotecas, en cambio, me parecen que les importan poco. «Atracción para forasteros», aunque variable en las palabras de cada idioma, es un concepto universal. Y hasta diríamos que comporta casi siempre un aire de superioridad, de sorna benevolente...

**Antonio PEREIRA**